



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Serie «La guerra en Ucrania»

Segunda parte

Número 3

Consideraciones geopolíticas de la guerra en Ucrania. Riesgo nuclear y *Realpolitik*

Juan Cayón Peña

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Tenemos que aprender a preguntarnos, no qué pasos se pueden dar para dar la victoria militar al grupo que prefiramos, porque ya no hay tales pasos; la pregunta que tenemos que hacernos es: ¿qué medidas se pueden tomar para evitar una contienda militar cuyo resultado debe ser desastroso para todas las partes? (Bertrand Russel - Albert Einstein, 1955.)

11 de febrero 2023

A modo de introducción

Vivimos tiempos complejos ante los que estamos insuficientemente preparados como sociedad. El despilfarro suicida que hemos cometido en los últimos decenios con políticas educativas bochornosas, la simplificación de los mensajes a través del populismo tanto político como mediático y la digitalización, propios de la sociedad postmoderna del conocimiento en la que se supone estamos insertos, han convertido las sociedades occidentales en extremadamente frágiles, contrarias a las élites intelectuales y a la reflexión serena, es decir, extremadamente manipulables; y, consecuentemente, dichas sociedades están a merced de cualquier potencial enemigo que cultive las estrategias propias del dominio cognitivo. Entiendo que nuestro planteamiento pueda tenerse por radical, pero honestamente creemos que el número de ignorantes por metro cuadrado, de aborregados en busca de pastorcillo, de bienintencionados iletrados que creen

alimentarse intelectualmente de redes sociales, ha crecido exponencialmente y amenaza gravemente la supervivencia libre de las generaciones futuras. En ese contexto, la invasión rusa de Ucrania y el conflicto subsiguiente, ha provocado un aluvión de mensajes sentimentales en Occidente, perfectamente dirigidos a excitar las emociones de la población a favor de la causa ucraniana, a la vez que se cancelaba además la difusión de fuentes rusas igualmente manipuladas, por cierto, aunque en sentido contrario; pero los análisis serios y rigurosos se siguen naturalmente fuera de las tertulias, alejados de *influencers* y *youtubers*. Es exclusivamente en medios especializados como este donde pueden observarse distintas opiniones serias, mejor o peor fundadas, pero al menos profesionales, sobre lo que de verdad está pasando en esta guerra, o más exactamente a los fines de esta comunicación, sobre lo que realmente nos estamos jugando en ella desde una perspectiva geopolítica.

Algunas reflexiones geopolíticas al uso

Nuestra visión sin embargo no es la de un militar, sino la de un académico. Procurando evitar el lógico sesgo que produce tal condición, máxime si se lleva ejerciendo más de treinta años, intentaremos hacer honor al título de la comunicación exponiendo algunas consideraciones personales, ni siquiera necesariamente ordenadas, sobre la cuestión.

Y empezaremos señalando algo que parece evidente. La invasión rusa de Ucrania supone un cambio estructural del escenario internacional, es un evento probablemente epocal, en el sentido de que lo más seguro es que cambie o afecte las relaciones geopolíticas para los próximos decenios, fundamentalmente por desarrollarse en suelo europeo y haber implicado a todos los actores del momento directa o indirectamente.

Para empezar, hace retornar el interés geoestratégico de los Estados Unidos a Europa, desviándoles de su hasta ahora principal foco oriental, de un lado en Oriente Medio y de otro en Extremo Oriente (Asia-Pacífico), lo que se había agudizado en época Biden. La cuestión en nuestra opinión aquí reside en comprender que, más que probablemente, los intereses norteamericanos en Europa difieren, y mucho, de los intereses de los europeos. Y esto lleva siendo así ya algunos decenios, como demuestra la torpeza frente al Este de Occidente, quizás deliberada, tras la caída del muro de Berlín con el práctico abandono a su suerte de lo que fue la Unión Soviética y sus satélites orientales. Hoy, a los Estados Unidos podría interesarle un alargamiento temporal del conflicto, que desangre a Rusia poco a poco y comprometa su imagen exterior, debilitándola y convirtiéndola en socio poco fiable de China, a la vez que llena las arcas del emporio armamentístico y energético norteamericano. Sin embargo, a Europa, el alargamiento del conflicto sólo la perjudica, aumentando exponencialmente el riesgo en sus fronteras, sumando la crisis humanitaria que desea atender a la que

ya proviene del norte de África y generando potenciales puntos de fricción entre países europeos al tener políticas no unificadas e intereses no necesariamente coincidentes en el corto plazo.

La postmodernidad se caracteriza, entre otras cosas, por los fenómenos contradictorios. Y en este sentido, a la vez que apuntamos lo anterior, no cabe duda que la invasión rusa de Ucrania está propiciando una cierta aceleración de la unidad geopolítica europea, toda vez que conscientes del peligro, de un lado hemos decidido tomarnos algo más en serio la defensa, con el correspondiente incremento presupuestario; y, a la vez, hemos desarrollado una más vigorosa coordinación internacional al efecto de poder aplicar mejor y más eficazmente las durísimas sanciones económicas y políticas al invasor y sus peones. No cabe duda de que las mismas acabarán debilitando la economía rusa y en todo caso, este efecto de mayor cohesión europea pensamos que sólo puede traer efectos beneficiosos. Aunque en nuestra opinión seguirá faltando lo esencial, que no puede ser objeto de tratamiento profundo en esta comunicación, pero que no es otra cosa que avanzar hacia una independencia estratégica europea respecto de la OTAN.

Precisamente este es otro de los impactos de la crisis. La OTAN se ha visto reforzada con la integración de nuevos países de Europa del Norte, lo que, aunque sea negado por fuentes oficiales rusas, también complica la estrategia geopolítica de quien hoy es nuestro adversario común. El efecto expansivo de esta organización, que en el fondo es la causa remota de esta guerra por las sucesivas incorporaciones hacia el Este desde la caída del muro de Berlín, sin duda significa también un cambio geopolítico relevante. Si alguien pensaba que Europa acabaría teniendo una mayor independencia estratégica en materia de defensa respecto de la Alianza, hoy en nuestra opinión dicha independencia está más lejos que nunca y eso no es una buena noticia para Europa. Sin duda, al menos, la actual coyuntura, ha neutralizado los potenciales efectos beneficiosos que para una mayor cohesión e independencia europea en materia de defensa tuvo el Brexit. En Washington y Londres, estamos convencidos, celebran la mayor importancia de la OTAN en detrimento de una posible mayor fortaleza e independencia de la Europa continental en el ámbito de la defensa.

Pero, además, este conflicto tendrá también más que probables repercusiones en otros puntos más alejados de Europa. A media distancia, indudablemente, la relación ruso-iraní se ve fortalecida, lo que revitaliza la posible inestabilidad regional y acrecienta los interrogantes respecto de si al final los movimientos antigubernamentales en Irán lograrán o no acabar con la República Islámica, ahora que parecía posible. Con una relación aún más fortalecida con Rusia, dicha posibilidad podría alejarse y además de manera violenta. Y a más larga distancia, la cosa parece aún más complicada. Esa a nuestro juicio poco acertada ampliación sistemática de OTAN hacia la frontera rusa en los últimos decenios dejó a Rusia en manos de la creciente superpotencia China. Y en Pekín hoy miran al conflicto en

Ucrania con la certeza de saberse vencedores gane quien gane. Si lo hace Occidente, porque Rusia se verá debilitada en lo económico, hundida en lo moral y humillada en lo militar por lo que, consecuentemente, será más fácil y lucrativo negociar con ella; si lo hiciera Rusia, por más improbable que parezca, porque los Estados Unidos habrían encontrado la medida a su altivez y el ejemplo ucraniano sería perfectamente repetible en Taiwan. El más reciente posicionamiento de OTAN frente a China, que tiende a defender intereses norteamericanos mas no europeos, es indicador de la utilización instrumental de dicha organización por Washington.

Son muchas las derivadas que podrían tratarse y que quedan en el tintero, pero hemos de dejarlas ahí porque nos parece esencial hacer algunas otras consideraciones que, en esta aportación divulgativa, aunque aparentemente colaterales, tienen a nuestro juicio una importante relevancia geopolítica.

Ius ad bellum: legalidad y legitimidad en la guerra de Ucrania

El derecho internacional nos enseña cómo son muy contadas las ocasiones en las que el uso de la fuerza entre diferentes Estados cuenta con el aval de la legalidad y el respeto de la legitimidad; de ahí que pueda afirmarse que, en clave positivista postmoderna, salvo resolución al respecto de la Organización de las Naciones Unidas, y, concretamente, de su Consejo de Seguridad, cualquier intervención armada que no sea estrictamente defensiva estará no sólo deslegitimada sino también será ilegal y consecuentemente debería dar lugar a persecución penal internacional. La cuestión entronca con la doctrina de la guerra justa, tan bien explicada y entendida por los autores clásicos como Santo Tomás de Aquino, o en suelo patrio, Vitoria, de Soto, Molina o Suarez, para quienes no cualquier guerra goza de legitimidad, sino sólo aquella que cumple determinadas condiciones asociadas a la Justicia de la pretensión que se defiende por las armas, la esperanza fundada de éxito o a la autoridad que la declara.

El rechazo genérico a la guerra en nuestra opinión tiene una base moral y jurídica. La cuestión moral, radica esencialmente en que la guerra contraría la paz y ésta siempre es tenida por un bien necesario para el normal desenvolvimiento de la vida humana. En base a tal principio, nuestras raíces cristianas apoyan la interdicción general de la guerra: *No se inflige pena más que por el pecado y a quienes pelean el Señor les tasa pena, a tenor de estas palabras: «Todo el que empuñare la espada, morirá» (Mt 26,52). Además, la guerra es pecado cuanto contraría a mandamiento divino, pues se dice: «Yo os digo: no resistáis al mal» (Mt 5,39), y también: «No defendiéndoos, carísimos, sino dando lugar a la ira» (Rm 12,19). Nada sino el pecado contraría a la acción virtuosa y como la guerra contraría a la paz, siempre será pecado.* Hasta aquí la doctrina clásica católica que establece en sus objeciones el Aquinatense en su Suma Teológica II-II, cuestión 40. No obstante, desde la Edad Media la doctrina que desarrolla la cuestión señala cómo sin



embargo en algunos casos resulta moralmente lícito emplear la violencia, siempre que haya sido ordenada por autoridad legítima, la causa sea justa (no necesariamente defensiva aunque la legítima defensa sea normal eximente conforme al derecho natural) y los contendientes se desplieguen con recta intención, es decir, para promover el bien o evitar el mal. No es lugar ni disponemos de la extensión suficiente para traer a colación la literatura abundantísima sobre estos principios clásicos, por lo que basta lo escrito como recordatorio de los principios de legitimidad en cuanto al comienzo de las hostilidades o la entrada en el conflicto por parte de las naciones.

La cuestión jurídica en materia de *ius ad bellum*, hoy, se centra como adelantábamos en los tratados internacionales y, particularmente, la Carta de Naciones Unidas, que podríamos considerar como la piedra angular del derecho internacional actual. Dicho texto legal, suscrito por ciento noventa y tres países firmantes, se expresa meridianamente desde el principio al señalar como principal finalidad de la organización (...) *preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra y unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales*, de modo que (...) *no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común*, instando en su art. 2 a arreglar las controversias internacionales (...) *por medios pacíficos de tal manera que no se pongan en peligro ni la paz y la seguridad internacionales ni la justicia*. Es por ello por lo que *los miembros de la organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la*

amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado (...).

Desde ambos puntos de vista en consecuencia, tanto el moral como el del derecho internacional, parece claro que la agresión rusa sobre Ucrania carece tanto de legitimidad como de legalidad. Bien es cierto que los argumentos rusos en defensa de su intervención por causa legítima en cuanto a la protección de los rusos culturales del este de Ucrania debieran examinarse con cuidado, pues frente al *mainstream* oficial en Occidente, podría ser que razón no faltara al considerar que efectivamente dicha población estaba sometida a una presión injustificada e ilegal por parte ucraniana, especialmente tras los acontecimientos de 2014 en la península de Crimea. No obstante, y aunque no tenemos posibilidad de profundizar en la cuestión, en nuestra opinión la respuesta rusa ha sido evidentemente desproporcionada y no limitada a salvaguardar la integridad de la citada comunidad culturalmente rusa. Por lo tanto, no puede dudarse a nuestro juicio de que dicha intervención rusa es condenable tanto moral como jurídicamente.

Realpolitik

Sin embargo, en términos de *realpolitik*, la segunda mitad del s. XX y lo que llevamos del s. XXI han visto incontables conflictos armados entre naciones que se han desarrollado ante la pasividad de la estructura de la Organización de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional, que, incluso muchas veces, aplaude las intervenciones si son de sus respectivos aliados y las condenan si son de los contrarios: Afganistán, Irak, las mal llamadas primaveras árabes, Siria o Kosovo son todos ellos buenos ejemplos. Es por ello por lo que a nuestro humilde entender cualquier observador mínimamente avezado se da cuenta enseguida de que la geopolítica postmoderna no va de derechos humanos o democracia, sino de los intereses de los Estados y grupos de poder, pura y simplemente. Quizás siempre haya sido así, con la diferencia propiamente postmoderna de que ahora, se elaboran discursos y relatos muy sofisticados para dar cobertura a lo injustificable, disfrazando la cruda realidad de lucha por la libertad y la democracia.

En este contexto, el conflicto de Ucrania es paradigmático en esta doble vara de medir que tan bien suele ser admitida por la opinión pública, acostumbrada a digerir sin pensar lo que los medios de comunicación nos colocan delante a través de las pantallas y emisoras de radio. En este sentido el discurso es siempre el mismo desde que estalló el conflicto: vemos hasta la saciedad a un malo malísimo que ha atacado a un bueno buenísimo; uno, un tirano cruel y salvaje, el otro, un prócer de la democracia y la libertad; y naturalmente Europa, siguiendo tanto las políticas de los Estados Unidos como las que justifican su trayectoria de «reserva moral» de Occidente, ayuda al bueno y se posiciona frente al malo. Y en esa ayuda, indudablemente hay parte humanitaria y bienintencionada, fundamentalmente, la que despliegan cientos de organizaciones no gubernamentales y miles de



particulares que acogen a las víctimas de este macabro juego y donan generosamente en su voluntad de ayudar; y parte, la mayor parte nos tememos, de negocio e intereses: el de Estados Unidos vendiendo gas y armamento a Europa y Ucrania a precios interesantes para su economía; el de Alemania colocando sus carros de combate más obsoletos a disposición del bueno y, además, a sugerencia estadounidense, carros que ya tenía vendidos a terceros a los que habrá de renovar el parque; el de Francia intentando recuperar el protagonismo perdido en la geopolítica mundial; o el de Reino Unido, manejando las finanzas de todas estas operaciones internacionales desde la *city* londinense. Eso sí, toda Europa engalanada de azul y amarillo, que es lo que se lleva y mientras tanto, rusos y ucranianos, desangrándose con la pérdida de jóvenes idealistas o forzados, por no hablar de las demás víctimas civiles.

Pero los medios suelen olvidar mencionar algunos aspectos que quizás debiéramos considerar: las sucesivas ampliaciones de la OTAN hacia Oriente desde la caída del muro de Berlín en vulneración de lo pactado con los rusos y que ya hemos mencionado anteriormente; los sistemáticos bombardeos ucranianos sobre el Dombas y otras regiones desde 2014; la discriminación sistemática de los rusos culturales en Ucrania; los crímenes de guerra que se investigan sólo si son cometidos por uno de los contendientes...

Y lo más importante de todo, aunque periódicamente se atemoriza a la población para mantener la tensión favorable a lo que estamos haciendo, se nos olvida la realidad de que el beligerante al que indirectamente combatimos tiene una fuerza nuclear capaz de destruir por si sola el mundo varias veces. La impertinencia de la extensión oriental de la OTAN, la supuesta superioridad moral europea que ningunea a otras potencias y culturas, o la ausencia de una verdadera política

exterior y de defensa común de la Unión Europea, independiente de los intereses norteamericanos, son factores que no solemos considerar en nuestra arrogancia. Hasta pudimos ver cultiparlantes tertulianos invocar el art. 5 del tratado OTAN cuando unos misiles desviados cayeron en suelo polaco... hasta que se constató que eran ucranianos. Insensatos.

Desgraciadamente, y venimos de constatarlo con un importante grupo de expertos vinculados como nosotros al movimiento Pugwash (Premio Nobel de la Paz en 1995), el riesgo de utilización de armamento nuclear táctico por parte de Rusia si el conflicto sigue escalándose en vez de entrar en fase de negociación diplomática, es un riesgo cierto y real que además tendría una difícil respuesta por parte de Occidente. Todos confiamos en que no lo hará, y ojalá así sea. Pero si Rusia utiliza un arma nuclear táctica en suelo ucraniano, ¿cuál va a ser nuestra respuesta? ¿Iniciaremos un conflicto nuclear global que nos llevará a la extinción? ¿Proporcionaremos armas nucleares a Ucrania? ¿Seguiremos alentando la lucha hasta el último ucraniano, mientras algunos aprovechan la debilidad energética europea para hacer negocio y avanzar en el reseteo de la economía mundial? Los Estados Unidos ya utilizaron dos veces armas nucleares contra población civil para forzar una rendición negociada; ¿por qué Rusia no iba a hacerlo? Ni siquiera podríamos ampliar demasiado las sanciones y embargos a Rusia que ya están en límites históricos. Esta guerra no la puede ganar Rusia, pero tampoco puede perderla del todo.

Ante este panorama, terminemos con una última reflexión. Hemos dicho que la geopolítica internacional actual, en serio, trata exclusivamente de intereses y no tanto de justicia, formas políticas o derechos humanos. A Europa le conviene terminar cuanto antes con esta guerra en su suelo. Es su principal interés. Y si eso implica que Ucrania ceda territorio, que deba declararse forzosamente neutral y por lo tanto no se integre en OTAN, en nuestra humilde opinión, hágase. Ya compensaremos con su adhesión forzada a la Unión Europea y la reconstrucción. Las sanciones a Rusia pueden seguir, la disuasión nuclear también y el refuerzo de la seguridad a través de OTAN en los países bálticos, en Rumanía o en Turquía son evidentemente una necesidad, lo mismo que el aumento del presupuesto dedicado a la defensa de los países europeos o ganar independencia estratégica respecto de Estados Unidos. Pero los europeos estamos jugando con fuego guiados por líderes muchas veces discutidos y discutibles por sus propios nacionales, frente líderes que cada vez tienen menos que perder y en un contexto que solo parece beneficiar a terceras potencias, cualquiera que sea el resultado.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023